

## POSIBILIDADES Y LÍMITES PARA UNA COMPRENSIÓN DEL CRISTIANISMO

MIGUEL LLUCH BAIXAULI  
Instituto de Antropología y Ética.  
Universidad de Navarra

Cada realidad debe ser comprendida desde su perspectiva propia. No puede alcanzarse una comprensión real de algo con un instrumento inadecuado. En esta comunicación me propongo señalar, en primer lugar, cuatro elementos que son esenciales a la religión cristiana y que por ello se hacen imprescindibles para poder realizar un acercamiento intelectualmente aceptable a esta realidad. En el cristianismo hay muchas otras realidades y conceptos que lo definen esencialmente. He elegido estos cuatro grandes rasgos porque deben estar presentes en cualquier análisis del cristianismo que pretenda ser mínimamente correcto. En segundo lugar, trataré de algunas razones circunstanciales por las que, desde ciertas perspectivas, la percepción real del cristianismo se ha vuelto inaccesible para muchos pensadores contemporáneos.

Estas reflexiones no deberían ser asumidas sólo por cristianos, sino por cualquier persona que quiera, con honradez intelectual, saber de qué se está hablando cuando se habla de existencia cristiana y, si ése fuera el caso, para que sepa por qué le puede resultar imposible comprender la religión. Por eso no hablo aquí de la distinción entre conocimiento de fe y conocimiento de razón —debate antiguo y actual que comienza a hacerse infinito—, sino de cuáles son las condiciones necesarias para quien pretenda comprender una realidad innegable como es la religión cristiana tal como se entiende a sí misma.

Evidentemente, la realidad de la religión cristiana puede contemplarse desde muchos ángulos. Las ciencias humanas podrán acceder a sus manifestaciones históricas, intelectuales, sociológicas, etc. Así, puede hacerse un estudio de la historia de la Iglesia, de la teología y el pensamiento cristiano, de la espiritualidad, de la evolución de las formas litúrgicas cristianas, de la expansión del cristianismo y de los modos históricos de su evangelización, de la aparición y conformación de sus instituciones, etc.; la lista se haría inmensa. Pero todos esos aspectos,

que son las manifestaciones que pueden ser estudiadas por las ciencias, son realidades que giran en torno a una realidad vital que es lo verdaderamente esencial del cristianismo. Lo que voy a tratar de apuntar en estas pocas páginas es una orientación hacia ese núcleo esencial alrededor del cual gira todo lo demás. Se trata, por tanto, de una reflexión del cristianismo en su realidad vital. Por qué existe y, por tanto, podemos hablar de una realidad que llamamos religión cristiana y cómo comprende y vive la religión un cristiano.

### *Elementos esenciales de la existencia cristiana*

El esquema que voy a seguir está planteado como un movimiento descendente en cuatro momentos distintos, aunque interrelacionados. La dinámica del movimiento es de mayor a menor y de dentro hacia fuera. Lo que quiere decir que, uno después del otro, cada uno de los momentos reclama necesariamente el anterior y se fundamenta en él de tal manera que sin lo anterior pierde su sentido.

El primer elemento vital del cristianismo es que Dios se manifiesta a los hombres y lo hace desde su libertad plena, es decir, que esa manifestación se hace como Él quiere. El segundo elemento es que hombres y mujeres concretos reciben esa comunicación divina y asumen esa donación de Dios en sus vidas. La asumen libremente, desde su libertad originaria, libertad que poseen precisamente por ser personas creadas a imagen de Dios, pero lo asumen como lo que es. En el tercer momento esa vida de Dios recibida en sus vidas personales influye a través de sus acciones en el mundo que todo hombre configura a su alrededor y así da lugar a unas formas culturales concretas. Por último, lo que constituye el cuarto momento, es que, puesto que la vida cristiana es vida, exige crecimiento y desarrollo y así se da una progresiva comprensión y asimilación de esa manifestación de Dios por parte de quienes han recibido el mensaje, los cristianos, en su vida personal y en la vida histórica del cristianismo.

### *Dios se revela a los hombres*

El elemento primordial en el orden de aparición y como fundamento significativo y vital de todo lo demás es que Dios se ha revelado a los hombres. Si no se tiene en cuenta este fundamento no se puede pretender comprender nada de lo demás. Esa revelación es la manifestación de Dios mismo. Es una donación libre de sí mismo, es decir, que con ella Dios da a los hombres algo que no es de este mundo. En-

tre Dios y todo lo que llamamos mundo hay una diferencia esencial y no sólo gradual. Por tanto, al revelarse Dios da a los hombres algo que ellos no pueden hacer ni conocer, algo que no pueden tampoco alcanzar solos.

Esta manifestación y entrega de Dios a los hombres, que es el elemento esencial de la realidad cristiana, se ha realizado en la historia de una manera progresiva y ha alcanzado su punto máximo en la Persona de Jesucristo, el Dios Hombre. Este don absolutamente gratuito es Dios mismo, y su efecto puede describirse diciendo que, a partir de la realidad de que Dios se ha hecho Hombre, se ha hecho posible que la Verdad y la Vida de Dios se comuniquen a los hombres y esté en ellos.

Este primer elemento es irremplazable absolutamente para la existencia de esa realidad que llamamos religión cristiana o cristianismo y, por lo tanto, reconocerlo es también absolutamente necesario para que sea posible su comprensión. Quienes hablan o escriben sobre el cristianismo sin ser cristianos pueden discutir, negar o criticar este elemento primero, como es obvio. Pero, en rigor, no pueden obviarlo u omitirlo. Toda aproximación al cristianismo que ignore este primer elemento se convertirá necesariamente en vía de errores. Sobre todo, los errores aumentarán si el que omite su elemento esencial se obstina en pretender comprenderlo y explicarlo.

Puede reconocerse personalmente ese primer principio o no. Si se reconoce, entonces se puede ser un cristiano; si no se reconoce, sea por las razones que sean, nos encontramos con alguien que no puede ser cristiano. Pero, y ésta es la cuestión que me interesa subrayar aquí, en ningún caso puede olvidarse que ése es el único principio originario y lo que da significado a todo lo demás; si se ignora esto se queda automáticamente imposibilitado para comprender el cristianismo. Si lo que se pretende es comprender la religión cristiana, hay que partir de ese principio, porque así es el cristianismo y porque así es como se entiende a sí mismo.

Una consecuencia de este primer elemento esencial es que la religión cristiana es antes que el hombre, aunque luego se hace parte del hombre y sólo con él se realiza en la historia. Pero su núcleo vivo, sus raíces más profundas son la Vida de Dios, que en ella se ha manifestado precisamente como el Dios Único que es a la vez Padre, Hijo y Espíritu Santo. Las raíces vitales de la religión no son de este mundo, sino que son, por decirlo así, Dios mismo. Su origen no puede encontrarse en la conciencia humana, ni en la razón, ni en el sentimiento. A la vez, su realización se da en este mundo y en ese sentido se puede decir que quedará en manos del hombre, de los hombres y mujeres cristianos, pero estas realizaciones históricas que los cristianos construyan

seguirán siendo cristianas mientras sigan siendo nutridas desde su raíz vital por la donación de Dios a los hombres en Jesucristo. Esto es tan esencial, que sólo se podrá hablar de realización de lo cristiano en la medida en que los cristianos se mantengan con claridad en la convicción y en la afirmación de que su religión no es un artificio humano, obra de su propio genio, ni tampoco una creación inconsciente proyectada desde su menesterosidad, sino que es de Dios, independientemente del genio humano y de su miseria. Quien señale su origen en la inteligencia del hombre o en su sentimiento o en su oscuro inconsciente habrá perdido el rastro de la realidad que busca.

Desde las antípodas de esta afirmación de la necesidad del primer elemento, Martin Heidegger llegaba a esta conclusión en la famosa entrevista que concedió a *Der Spiegel*, con la condición de que no se publicara hasta después de su muerte y que puede considerarse como su testamento filosófico; en ella, tras dibujar un panorama desolador sobre el futuro del mundo y de la humanidad, afirmaba que “la filosofía no podrá producir ninguna modificación inmediata del estado actual del mundo. Y esto no vale sólo para la filosofía, sino también para todo lo que es mera empresa humana. Ahora bien, sólo un Dios puede salvarnos. La única posibilidad que nos queda es la de preparar, en el pensamiento y en la poesía, una disponibilidad a la aparición de Dios o al hecho de que, ante el Dios ausente, nosotros vamos hacia el ocaso [...] Nosotros no podemos acercarnos a Él, lo más que podemos hacer es despertar nuestra disponibilidad y nuestra espera”<sup>1</sup>.

Esta lamentación derrotada del último gran mentor de la modernidad viene a confirmar lo que cualquier cristiano sabe que ha sucedido y que Heidegger había decidido olvidar. Y es especialmente significativa en un pensador que había afirmado en su famosa obra *Senderos interrumpidos*, que la modernidad nació de su capacidad de decisión subjetiva por imprimir como imagen predominante “el fundamento inconcluso de la verdad”. Es decir, que el acto liberador que ha realizado el hombre en la modernidad ha sido “liberarse de la obligatoriedad de la verdad revelada cristiana y de la doctrina de la Iglesia, con vistas a una legislación autónoma y autosuficiente”. Liberado de una “certeza de salvación basada en la revelación”, el mundo vive ahora “la forma de una liberación por una certeza en la que el hombre se asegura de la verdad entendida como certeza del propio saber”.

1. La entrevista tuvo lugar el 23 de septiembre de 1966. Heidegger murió el 31 de mayo de 1976. El texto se encuentra en HEIDEGGER, M., *Ormai solo un Dio ci può salvare*, Parma, 1976, pp. 133-134. Citado y comentado en FISICHELLA, R., *Introducción a la Teología Fundamental*, Verbo Divino, Estella 1997, pp. 40-43.

### *Recepción interior de la donación de Dios*

La afirmación de la donación de Dios a los hombres va seguida por un segundo momento, también esencial. Desde que Dios se ha querido manifestar a los hombres y darles su Vida y Verdad (primer elemento), eso se constituye en fundamento y principio vitalizador en el mundo cuando pasa a convertirse en vida personal de hombres y mujeres concretos. Esta donación de Dios al hombre, verdades y vida, es la razón de la vida de la fe y del amor de Dios en nosotros, el fundamento de la vida cristiana.

Esta unión de lo divino y lo humano se ha realizado plenamente en la Persona de Jesucristo, la Encarnación ha unido a Dios y al hombre de una vez para siempre, pero se realiza después en cada persona singular. Podríamos distinguir en dos niveles que son el mismo para comprender mejor este segundo momento. El primero es la libre recepción de la Verdad, y éste se hace posible por la recepción inteligente de Palabra revelada, que alcanza a cada uno por múltiples caminos, tan variados como cada una de las historias personales, pero que todos pasan por lo que los cristianos llaman la Predicación, la Catequesis y la Oración personal. Todo esto no es más que el encuentro con la palabra de Cristo. El segundo nivel, que es inseparable del primero, se encuentra en la recepción agradecida y enamorada de la Vida de Dios. Esta unión amorosa con la misma vida divina se realiza también a través de mil caminos que convergen de alguna manera en la participación de la gracia divina que el cristianismo señala en los Sacramentos en particular, y en la Liturgia en general. La significación última de esto es de nuevo el encuentro con la vida de Cristo.

Con estos elementos divinos dados por Dios en Cristo a través de la Iglesia, el hombre y la mujer cristianos añaden a su dimensión natural, recibida también por Dios, una dimensión sobrenatural y quedan unidos a Dios de un modo ontológico, intelectual y afectivo. Esta unión con Dios es lo que la religión cristiana llama vida sobrenatural. Y es una relación personal de conocimiento y amor entre el Dios Creador, Redentor y Santificador y los hombres criaturas, redimidas y santificadas. La relación es un intercambio en el que Dios da todo y la criatura aporta su libre aceptación. El resultado de esa relación es la divinización del hombre y de la mujer, que sin dejar de ser hombres y mujeres por naturaleza se hacen además hijos de Dios por gracia.

### *Vida sobrenatural y culturas cristianas*

Como consecuencia posterior de esta vida de unión con Dios (*post hoc* y *propter hoc*), es decir, cuando existen hombres y mujeres con vida

personal cristiana (segundo elemento esencial) y sólo entonces, puede darse el tercer elemento. La construcción de elementos culturales cristianos. Evidentemente, este tercer paso no es exclusivo de los cristianos. Cultura la construye todo hombre lo quiera o no. Donde hay hombres y mujeres aparecen las formas culturales y se forman las sociedades humanas. Pues bien, donde hay cristianos y cristianas aparecen formas culturales que tienen una raíz cristiana y se forman sociedades de impronta cristiana.

En este tercer momento de la existencia cristiana es en el que se encuentran ya datos experimentables para las ciencias humanas. Éstas pueden comenzar ya a catalogar y analizar las manifestaciones culturales de esos hombres y esas sociedades: en las costumbres, en el arte, en las leyes, en los valores colectivos y en general en el modo de organizar y orientar la vida de las sociedades y del mundo. El hecho de que se manifieste en realidades culturales no es algo accidental, sino que es elemento esencial al cristianismo. Precisamente, y para decirlo con unas palabras recientes de Juan Pablo II: “¡El cristianismo es la religión que ha entrado en la historia! En efecto, es sobre el terreno de la historia donde Dios ha querido establecer con Israel una alianza y preparar así el nacimiento del Hijo del seno de María, *en la plenitud de los tiempos*”<sup>2</sup>. La religión cristiana que tiene sus raíces en la donación de Dios a los hombres y en la vida sobrenatural o existencia cristiana que esa donación suscita en los hombres, no se despliega en el vacío. Es una realidad sobrenatural dada a los hombres que se realiza, como todo lo humano, en el tiempo y el espacio. Por eso la religión cristiana necesita de la cultura y se desarrolla en ella, o para decirlo mejor, necesariamente crea cultura. Y esto es esencial a la religión cristiana debido a la misma naturaleza humana y también para no desequilibrarse ella misma.

Esto lo dijo hace mucho tiempo Romano Guardini en su primer libro, en un contexto de reflexión, sobre lo que es la Liturgia. “La Religión necesita del soporte de la Cultura. Por Cultura entendemos la síntesis de todos los valores que son producto del esfuerzo creador, transformador y ordenador del hombre, con las artes, las ciencias, las instituciones sociales, etc. [...]. La Cultura de suyo es impotente para crear una Religión; pero suministra a ésta los medios para desenvolver su plenitud de acción y para hacerla rendir toda su posible eficacia [...]. Ahí radica el sentido íntimo del famoso apotegma, *Philosophia ancilla Theologiae*, la Filosofía es la sierva de la Teología, que ha tenido validez en todas las épocas y fases de la Cultura y que ha servido de norma continua a la actividad de la Iglesia. Cuando sabiamente imponía a la

2. JUAN PABLO II, Carta apost. *Al comienzo del nuevo milenio*, n. 5.

Orden Franciscana, en el apogeo de fervor y espíritu, el cultivo de las ciencias y la conveniencia de la posesión de algunos bienes materiales. Esto no era decadencia de su primitivo ideal sino asegurar la supervivencia de su acción y su vida. El hombre aislado o una colectividad pueden, durante un corto período de enfervorización, vivir alejados de las corrientes de la Cultura. Pero esto no desvirtúa la norma general de que toda vida media espiritual, que pretenda conservar su vigor y fecundidad, necesita un alto nivel de auténtica y verdadera Cultura. Para mantener vivacidad, pureza y amplitud sentimental y preservarse de rigideces parciales y estériles como de malsanas exaltaciones, que es el peligro que asedia con frecuencia el desarrollo de la vida espiritual [...]. La Cultura comunica a la Religión la capacidad de expresión, poder penetrar con claridad dentro de sí misma y discernir lo accesorio de lo esencial, los medios de los fines, la ruta de la meta final [...]. La Iglesia ha condenado sistemáticamente los ataques asestados a la ciencia, al arte o a la propiedad. La misma que predica el *unum neccesarium*, y la que afirma que es preciso estar dispuestos a renunciar a todo para asegurar la salvación eterna, ha procurado que la vida espiritual esté saturada de la sal, conservadora de toda legítima y sólida Cultura”<sup>3</sup>.

Entonces, y esto es importante retenerlo, la posibilidad de comprensión de la religión cristiana depende de que se guarde el orden de la realidad, es decir, que el primer elemento (la donación libre de Dios al hombre) es lo primero y es lo que da sentido al segundo elemento (la vida sobrenatural vivida por hombres concretos) y éste, a su vez, es el que posibilita y orienta al tercero (la construcción de culturas cristianas). Y no al revés. Ni tampoco, para verlo desde el otro lado, se puede pretender llegar al tercer elemento (formas culturales cristianas) si se ignora que hay un primer escalón (Dios que se da a los hombres) y un segundo (vida sobrenatural de conocimiento y amor en la vida de los cristianos).

Por ejemplo, cuando el Papa habla de Evangelizar el mundo y cuando él mismo lo hace en sus frecuentes viajes apostólicos, lo que él lleva es el primer elemento (el mensaje de Dios en Cristo) que después, con el tiempo, se convertirá o no en el segundo (la aceptación de esa vida cristiana en los oyentes) y después, con más tiempo aún, ya vendrá o no el tercer elemento (la aparición de formas culturales cristianas y una sociedad cristiana).

No ver este orden puede dar lugar a explicaciones de la vida cristiana ingenuas y miopes y, lo que sería más grave, falsas. Que el Evangelio de Cristo tiene una enorme fuerza transformadora para el mundo

3. GUARDINI, R., *El espíritu de la liturgia*, Araluca, Barcelona 1945, pp. 84-89.

nadie puede negarlo. Pero que lo esencial del Evangelio de Cristo es que Dios entra en la historia en Cristo es lo que puede hacerse incomprendible para muchos. Y que lo que Cristo ha traído al mundo es una vida nueva para que sea recibida en persona por cada hombre y cada mujer que libremente quieran aceptarlo, es también difícil que muchos lo comprendan. Pensar que lo esencial del cristianismo es alguna de las infinitas formas culturales que los cristianos pueden conformar a lo largo de la historia, es no entender prácticamente nada de lo que es un cristiano y de lo que es la religión. La unidad de lo humano –lo corporal, la técnica, las relaciones sociales y económicas, etc.– y de lo divino en la persona de Jesucristo empuja a la Iglesia a asumir como propias las facetas positivas de la cultura de cada época. En esto también el cristianismo se distingue de las otras religiones<sup>4</sup>. Sólo un pensamiento verdaderamente inteligente y atento puede diferenciar, por esa razón, los contenidos esenciales de las manifestaciones históricas, que expresan parcialmente esos contenidos.

La religión cristiana se encarna en hombres y mujeres que hacen cultura, pero es una religión que no tiene su origen en esos hombres ni en ninguna cultura concreta. Por eso puede decirse que la religión cristiana es una, mientras que las culturas cristianas son muchas. También, como consecuencia de ello, en los momentos de cambio cultural los cristianos retoman con más fuerza lo que es esencial y originario y prescinden de lo que es circunstancial y está sometido al cambio. Para decirlo con palabras de Von Balthasar, que hablando de la tradición escribía: “No está constituida en primer término por las hermosas construcciones del pasado: los sistemas teológicos, las iglesias románicas y barrocas o las misas corales, sino que consiste en acoger en nosotros lo que Dios nos ha entregado, transmitido, cuidándolo, cultivándolo y entregándolo al mundo, alimentándolo y desarrollándolo con nuestra sustancia. Todo lo demás, la tradición humana e histórica, viene después; ésta tiene su sentido en su sitio, pero sólo si es expresión de la primera fidelidad a la tradición”<sup>5</sup>.

Así, los aspectos culturales, que son obra de los cristianos, corren con ellos en el tiempo histórico de los hombres, mientras que la donación de la Verdad y la Vida de Dios y su recepción interior en la vida personal, son realidades eternas que han entrado en este mundo y que

4. La distinción del cristianismo con las demás religiones es materia compleja y de mucha actualidad, aquí no puede ser ni siquiera apuntada. Para delimitar la cuestión que estoy tratando en el más amplio tema de las religiones mundiales, he podido servirme de un reciente y clarificador estudio de Morales, J., *Teología de las religiones*, Rialp, Madrid 2001.

5. BALTHASAR, H. U. VON, *Tú coronas el año con tu gracia. Sermones radiofónicos*, Encuentro (Ensayos<sup>o</sup> 112), Madrid, p. 21.



se realizan en la historia. Es muy importante el discernimiento de los dos primeros elementos esenciales del tercero (elementos culturales del cristianismo).

Cuando se distinguen bien se reconoce que el auténtico cristiano no es, no puede serlo en cuanto cristiano en sentido estricto, nostálgico de tiempos pasados. Se pueden tener nostalgias culturales, pero no cristianas propiamente dichas, porque la recepción por el conocimiento y el amor de la Vida y la Verdad de Dios son siempre actuales. Precisamente porque lo esencial no es una realidad que haya surgido en este mundo y, por tanto, existe sometida a la ley inexorable del tiempo, del antes y el después, sino una realidad que es exterior al tiempo, porque surge de Dios. No envejece con los hombres y las civilizaciones, se da siempre nueva hoy y ahora. Veremos después, que en lógico y significativo contraste, la nostalgia y el pesimismo cultural son una especie de halo que envuelve a la mayoría de los analistas culturales de nuestro tiempo. Pero donde parece darse muestra de un realismo lleno de valentía, que señala los males que acechan por todas partes a la derribada cultura postcristiana no hay, en el fondo, más que ignorancia de la realidad de la que se habla, puesto que se identifica cultura cristiana con cristianismo. En mi opinión, si se atiende a la entera realidad del cristianismo, si no se toma la parte por el todo y no se reduce el cristianismo a alguno de sus elementos esenciales; hablar de postcristianismo es, en el fondo, un sinsentido. Lo que hay es hombres y mujeres pre-cristianos, cristianos o post-cristianos, que hacen lo que pueden con la cultura.

### *Asimilación progresiva del don de Dios*

Después viene lo que podría llamarse un cuarto momento en la existencia cristiana. Tampoco es un momento cronológico, sino existencial. Se trata de la progresiva asimilación en la inteligencia, la voluntad y la afectividad de la persona de esas verdades y de esa vida dadas por Dios a los hombres. El progresivo crecimiento en conocimiento y amor, que se extiende desde una aceptación básica y sencilla de las verdades elementales de la fe, hasta la más intensa relación personal con Dios que se alcanza en el plano de la santidad cristiana. Esto es lo que hace la teología y la gracia. Pero no abandonemos la reflexión y la profundidad existencial a unos supuestos especialistas, recordemos que en este sentido, en el cristianismo no hay brahmanes y parias, ni puros e impuros, sino que todo cristiano es un teólogo. Y recordemos también que el resultado del dinamismo de la realidad cristiana es la santidad, que tampoco debe quedar reservada a unos supuestos especialistas,

sino que todo cristiano debería alcanzar el ser santo y el vivir pleno de su identidad de hijo de Dios. El progresivo enriquecimiento a partir de la Vida y la Verdad que Dios comunica a los hombres es el programa y la tarea de todo cristiano.

En este proceso de enriquecimiento intelectual y afectivo, si es fiel a ese conocimiento y amor de Dios, el cristiano alcanza una sabiduría que no es de este mundo, pero que es para este mundo, así como una santidad que tampoco es de este mundo, sólo Dios es Santo, pero que por su apertura a Dios el hombre puede participar de ella y, a través de él, alcanza el mundo. En este crecimiento progresivo el cristiano sabe muy bien lo que cree y ama, y cree y ama cada vez con más fundamento lo que sabe.

### *Elementos circunstanciales de nuestra época*

La existencia cristiana no se da en el vacío. Desde que Dios se ha hecho hombre y se ha manifestado en Jesucristo, que ha nacido y vivido en medio de los hombres, el cristianismo es la religión histórica por excelencia. En la historia se van dando los elementos circunstanciales, propios de cada época, que crean un contexto cambiante a esos elementos fundamentales de la existencia cristiana que acabamos de enumerar. En este sentido, podemos, en cada época histórica, valorar, aunque sea muy brevemente, la interacción que se produce entre elementos esenciales y elementos circunstanciales. En mi opinión el momento en el que nos encontramos es muy interesante. Las diversas corrientes del pensamiento filosófico, que están en la raíz de nuestra situación actual, han dado lugar a una cultura enormemente compleja. Juan Pablo II ha trazado en grandes rasgos el panorama del pensamiento en su última Encíclica *Fides et Ratio*. Me limito ahora a subrayar, al filo de ese análisis, dos características existenciales de nuestro mundo cultural.

### *Desaparición de la sociedad culturalmente cristiana*

Hay una mentalidad imperante que ya no es cristiana en el día a día. En donde se toman las decisiones que cuentan para orientar la rueda de la historia no están presentes los auténticos cristianos, desde hace mucho tiempo. Así lo afirma Juan Pablo II en su reciente Carta, que es una meditación desde Cristo sobre la tarea de los cristianos en el futuro: “Ha pasado ya, incluso en los Países de antigua evangelización, la situación de una ‘sociedad cristiana’, la cual, aún con las múltiples debilidades humanas, se basaba explícitamente en los valores evangélicos”.

cos. Hoy se ha de afrontar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometida, en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante situación de pueblos y culturas que la caracteriza”<sup>6</sup>. Nadie ignora que ésta es la situación cultural que envuelve la existencia cristiana hoy. Había sido predicha por algunos y, después, descrita por muchos; con su habitual fuerza dramática Hans Urs von Balthasar había escrito: “*Mirad*, dice el Hombre de Nazareth, *yo os envío como ovejas en medio de lobos* [...] de nuevo una imagen; pero no ya una leyenda sino la realidad escueta de la historia de la Iglesia. Y si no ha sido ésta la situación del último milenio, sí será muy probablemente la del próximo, que enlazará, por eso, directamente con los primeros siglos cristianos antes de Constantino: los países de raíz cristiana, mermados y descristianizados; las misiones, donde todavía existan, expuestas a peligros y diezmadas; las potencias, avanzando unas contra otras y arrollando los espacios geográficos intermedios. Permanecerán los espacios intermedios espirituales [...] pero allí el espacio puede irse estrechando cada vez más. Mucho equipaje no se podrá llevar uno consigo probablemente, ni muchas maletas llenas de tradición cristiana, de liturgias antiguas perdidas, de obras de arte, de sumas teológicas y de otros objetos de gran valor de una cultura cristiana que, como tal, ha dejado de existir [...] Contra una civilización, dispuesta sistemáticamente a olvidar todo lo válido heredado de la tradición, para construir, en una simple huida hacia adelante, un mundo bárbaro, técnico, unidimensional, inhumano, los cristianos tendrían que ser los guardianes de la gran cultura, verdaderamente humana, que recuerda lo que se ha conseguido y que, desde las alturas de este recuerdo, puede producir también algo nuevo de la misma altura. Esto suena realmente muy bien ¿Se le dejará a las ovejas entre lobos una oportunidad para cosas tan hermosas? Pienso que, como cristianos, para pensar de verdad prospectivamente, tenemos que aplicar unos criterios algo distintos”<sup>7</sup>.

### *Retorno del materialismo y la magia*

De un modo que era previsible desde hace tiempo disminuye la presencia cultural cristiana y en esa misma medida se extiende como nueva mentalidad colectiva un neopaganismo bifronte. Sus dos caras son aparentemente contrapuestas, pero se reclaman la una a la otra: lo que podríamos llamar la existencia materialista y la existencia mágica o

6. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Al comienzo del nuevo milenio*, 40.

7. BALTHASAR, H. U. VON, *Tú coronas el año con tu gracia. Sermones radiofónicos*, Encuentro (“Ensayos” 112), Madrid 1998, pp. 19-20.

espiritista. En mi opinión esto no debe sorprendernos; el cristianismo es la religión que ha desautorizado todo materialismo y todo espiritismo y lo ha hecho al dar a la materia y al espíritu su verdadera grandeza y sus límites. Por eso quien abandona la vida y la sabiduría cristiana (sean personas individuales o sociedades enteras) no puede más que volver a sumergirse en las antiguas fuerzas derrotadas.

Lo curioso es que el “materialista ortodoxo” parecería completamente ajeno a cualquier realidad ultramaterial, seguro en buena tradición ilustrada, en las ciencias empíricas y en la razón pragmática. Pero no es así. Son varios los autores que han señalado que nos encontramos todavía a la sombra de la Ilustración, en una segunda Ilustración, que arrastra esencialmente el mismo espíritu que la vieja Ilustración dieciochesca. Y este espíritu ilustrado tiene sus dogmas. Como ha señalado, entre otros, Christoph Schönborn hay un principio fundamental del iluminismo que se alza como una condición necesaria, como un dogma incuestionable: en la naturaleza y en la historia sólo hay acontecimientos inmanentes. Por lo tanto, la fe en el ser de Jesucristo Dios y hombre es insostenible<sup>8</sup>. Y esto es así porque contradice la dogmática ilustrada.

La cuestión que aquí quisiera apuntar es que precisamente ambas manifestaciones, el materialismo ilustrado y la magia, aunque parezcan contrapuestas, son compatibles en la existencia de una misma sociedad y también en la misma persona. Basta una breve ojeada por la prensa diaria, la programación y publicidad televisiva o las ediciones de libros para constatar que el progreso cultural, científico y social no ha influido en lo más mínimo con estas costumbres que conviven tranquilamente con nuestro “mundo del progreso” y en las que están implicadas todas las clases sociales por igual, incluso las más elevadas culturalmente. Quienes trabajan más cerca de todo este mundo de magos, hechiceros y brujos así lo afirman<sup>9</sup>. Podríamos afirmar que la religión secreta del hombre materialista, que ha abandonado el cristianismo, es de nuevo el espiritismo. Como ha escrito Juan Bautista Torelló: “El esoterismo, la gnosis, el espiritismo y aún el satanismo constituyen el refugio frecuente de los que no han encontrado el sentido de sus vidas y se entregan a cuerpo perdido a los numerosos ‘donadores de sentido’ oculto, irracional, ‘preternatural’ o demoníaco. Incluso el suicidio (por desgracia tan extendido) representa un intento paradójico de la bús-

8. SCHÖNBORN, CH., “El camino de la cristología moderna. Intento de diagnosis”, en *Revista Católica Internacional Communio* 21 (1999) 142-152. Cfr. también SCOLA, A., *Cuestiones de Antropología Teológica*, BAC, Madrid 2000. Especialmente, *Cristología y Moral*, pp. 111-136.

9. AMORTH, G., *Habla un exorcista*, Planeta (Testimonio), Barcelona 1998, p. 144.

queda de significado individual. Ante estos fenómenos aberrantes fracasa todo reduccionismo naturalista”<sup>10</sup>.

Esta mentalidad materialista y mágica imperante no es absoluta. Y seguramente muchos de quienes la poseen y practican rechazarían que ésa es su *Weltanschauung* y preferirían ser calificados como creyentes “a su manera” o “creyentes críticos”. Esto es lógico, puesto que no se borran siglos de cristianismo tan fácilmente, y por tanto, el viejo materialismo espiritista se entremezcla todavía con formas y valores cristianos heredados. Pero, y con esto recupero la primera parte de mi comunicación, son valores culturales cristianos que ya no son fruto de la fe vivida personalmente y en los que se ha olvidado incluso que el principio y la razón están en la donación de Dios al hombre. Puede haber inercias cristianas, pero en gran medida esa verdad y esa vida ya no están en el interior de las personas concretas, y desconectado de sus raíces vitales, el cristianismo cultural va siendo ahogado por la mentalidad más generalizada.

### *Cristianismo culturalista sin vida divina*

Así, llegamos al segundo elemento circunstancial, propio de nuestra época, que se extiende en paralelo al anterior. Es causa y consecuencia. Me refiero al extraño fenómeno que podríamos llamar de cristianismo sin Cristo o sin vida cristiana personal. Sin el acontecimiento de la recepción personal (vida cristiana de relación con Dios) de la revelación del misterio de Dios (verdades y vida nuevas, que no son de este mundo). Ese cristianismo se queda sin sus raíces vitales. Empieza por convertirse en una realidad de nivel sólo cultural y a continuación va olvidando sus raíces vitales y desmoronando su estructura interna. Es la situación del cristiano que empieza a recortar la verdad cristiana para hacérsela a su medida y a reducir la recepción de la vida de Dios. Y lo que empezó por perder partes termina secándose y difuminándose más, hasta convertirse en un cristianismo sin Cristo, sin Sacramentos, sin Oración, y se va transfigurando en un materialismo práctico cada vez más lleno de supersticiones y gestos no cristianos. Para decirlo de un modo más claro y retomando el orden de lo que he señalado como elementos esenciales de la existencia cristiana. Primero se es cristiano y luego uno se viste, escribe, se divierte y adorna su casa como un cristiano. Lo que les ha pasado a muchos es que han quedado los trajes, los

10. TORELLÓ, J. B., “Sobre el sentido último de la vida en la *Fides et ratio*”, en ARANGUREN, J., BOROBIA, J. J., M. LLUCH, M. (eds.), *Fe y razón, I Simposio Internacional Fe Cristiana y Cultura Contemporánea*, EUNSA, Pamplona 1999, p. 38.

libros, las iglesias y los adornos de las casas y ya no saben lo que significa todo eso porque han dejado de ser cristianos que lo vivieran en su interior.

El primer elemento es el más importante y también el más difícil de comprender. Por eso es el primero que se puede perder. El desequilibrio que se produce entonces es enorme. Se podrá seguir hablando mucho y teorizando sobre la relación entre Religión y Cultura, como gusta tanto a muchos pensadores postmodernos, pero en realidad ya no se sabe de qué se está hablando. Sirva como ejemplo de esta incompreensión radical la frase de Milan Kundera cuando afirma: “En los Tiempos modernos, cuando el Dios medieval se convirtió en *Deus absconditus*, la religión cedió el sitio a la cultura, que se convirtió en la realización de los valores supremos por los que la humanidad europea se comprendía, se definía, se identificaba”. Es una mirada crítica e inteligente, pero miope e incapaz de captar bien el conjunto orgánico de la realidad de la que trata. En primer lugar, por su simplismo excesivo. Pero, y esto es lo más importante, porque se puede afirmar que a Kundera se le ha escapado lo más importante y que, por tanto, ha cometido un terrible error de conceptos y no está hablando de la realidad. Ya no habla de la religión cristiana cuando la confunde con las manifestaciones culturales que emergieron de los hombres y mujeres cristianos que vivieron en los siglos medievales. Ni cuando habla del Dios escondido como un elemento del mundo moderno, como si a Dios lo hubiera visto alguien antes del final de la Edad Media y a partir de entonces ya se le hubiera dejado de ver. Es bien sabido que una serie de pensadores en los siglos pasados sustituyeron en sus escritos la religión por la filosofía. Pero la realidad de la religión cristiana no ha sido transformada por ningún brillante intelecto humano. Por eso la religión de la que habla Kundera no es la religión cristiana, sino lo que él es capaz de atisbar con su mirada dentro de la complejidad de los movimientos y las corrientes históricas y con la herencia de los filósofos que redujeron en sus mentes la religión a una filosofía, es decir, desde una perspectiva que no alcanza a comprender los verdaderos elementos esenciales de la existencia cristiana.

Me parece que queda también claramente descrito el problema que estoy señalando con el diagnóstico que hace Alain Finkielkraut de la Modernidad, en uno de sus más famosos ensayos. Su esquema argumentativo podría resumirse así: de la primacía de la Religión se pasó en la Modernidad a la primacía de la Cultura; y la gran conclusión del siglo XX es que ha caído derrumbada la moderna Religión de la Cultura<sup>11</sup>.

11. FINKIELKRAUT, A., *La derrota del pensamiento*, Anagrama, Barcelona 1987.

Los lúcidos análisis de Finkelkraut, como los de muchos otros pensadores, que como él, comparten la *Weltanschauung* ilustrada y un amor apasionado a la Cultura occidental de los últimos siglos, manifiestan su indudable honradez y su tremendo desasosiego ante la situación cultural. Pero el problema es que no llegan a hablar del cristianismo cuando escriben sobre él porque no pueden hablar de él mientras ignoren los elementos esenciales que lo constituyen.

La lista de honrados pensadores de nuestro tiempo, inteligentes y críticos, que, como Kundera o Finkelkraut, siguen aferrados a la herencia ilustrada, en su versión racionalista o romántica, o en ambas a la vez, se haría inmensa. Y el problema no es pequeño precisamente porque en muchos de ellos se une inseparablemente la imposibilidad de hablar de la realidad cristiana, con una especie de gusto insaciable por tratar de ella y explicarlo a la gente.

### *El encuentro con Cristo como novedad transformante del hombre y de la cultura*

Esta situación de contexto circunstancial tiene un aspecto que me parece altamente positivo. El encuentro personal con esa verdad y esa vida de Dios que han entrado en el mundo con Cristo puede ser más directo y más real. Como al principio, los que viviendo en una existencia materialista y espiritista, al encontrarse con el mensaje de Cristo podían captar la novedad absoluta de esa nueva vida que se les ofrecía abriéndose paso entre las viejas fuerzas de este mundo, para vivificar el agotado mundo. La fuerza vivificadora y transformadora del cristianismo no está en su historia, ni en sus construcciones culturales. Su fuerza no es de este mundo, pero es para este mundo; es Dios que se ha manifestado en Cristo a todos los hombres de todos los tiempos. Ésta es la realidad afirmada por el cristiano, que la esencia del cristianismo no son unos principios anónimos, sino una Persona viva y concreta, Jesucristo, Dios eterno y hombre histórico a la vez<sup>12</sup>. Y esto es lo que con palabras de André Léonard provoca siempre la “inevitable confrontación”<sup>13</sup>.

El cristiano es portador de Vida y Verdad de Dios, pero no su dueño, sino su servidor. En el foro de los hombres esto puede ser malenten-

12. Sobre este punto me parece siempre actual y clarificador el breve y profundo ensayo de GUARDINI, R., *La esencia del cristianismo*, Cristiandad, Madrid 1984. Una reflexión heredera del anterior, escrita veinte años después de la obra guardiniana y que saca consecuencias en un marco teológico y filosófico más amplio es el ensayo de BALTHASAR, H. U. VON, *Teología de la historia*, Encuentro, Madrid 1992.

13. LÉONARD, A., *Pensamiento contemporáneo y fe en Jesucristo. Un discernimiento intelectual cristiano*, Encuentro, Madrid 1997, p. 23.

dido. Ésta es una cuestión crucial que ha sido tratada ampliamente por muchos autores católicos<sup>14</sup>. Y que también preocupa mucho a los analistas de la cultura, ¿es posible creerse portador de la Verdad absoluta y no hacer daño a uno mismo y al mundo? Podríamos decir que la experiencia nos ha mostrado lo contrario. La tendencia a convertir en un absoluto la propia *Weltanschauung* es un problema humano que se ha dado en todos los tiempos y en diversas dimensiones, pero el siglo XX nos ha enseñado el enorme poder devastador de este antiguo mal, y ahora sabemos mejor que otras generaciones el peligro de esa tendencia absolutizadora de una visión humana particular, porque ha conducido a la destrucción en una escala nunca vista en la tierra (Lenin, Hitler, Stalin, Mao, Pol Pot y un sangriento etcétera que no se ha interrumpido aún).

Entonces ¿el cristiano puede seguir atreviéndose a afirmar que se sabe portador de la verdad absoluta sin caer en la destrucción del mundo? La respuesta es, sin ninguna duda, afirmativa, pero esta afirmación incluye una condición necesaria y ésta es precisamente que el cristiano no deje de ser cristiano.

Y así, volvemos al principio de estas páginas. El cristianismo tiene su origen y su razón de ser en la manifestación donante de la verdad y la vida de Dios en Cristo. Es decir, no nace en una visión del mundo, no es la particular *Weltanschauung* de uno o muchos hombres frente a la de otros, precisamente si su origen deja de ser Dios mismo, entonces ya no estamos hablando de la religión cristiana. Dios comunica a los hombres la Verdad y la Vida y ambas son inseparables, en Dios y en el cristiano que las recibe. Por eso si se es cristiano se tiene la Verdad de Dios; pero, y esto es esencial, esa posesión gratuita va unida a la recepción de la Vida de Dios en nosotros, que consiste en la identificación de cada uno con el Hombre Dios. Es decir, cuando el cristiano afirma ser portador de la Verdad de Dios lo único que está afirmando es que es cristiano. Y lo será mientras sea también portador de la Vida de Dios. Ni la Verdad ni la Vida de Dios son una amenaza para quien la recibe ni para el mundo. No son amenaza sino Salvación. Con esa Verdad y esa Vida los cristianos, hombres y mujeres en la historia, como los demás, tienen la posibilidad de fecundar la cultura de su tiempo, y lo harán mejor cuanto, por así decirlo, más conscientes sean de la Verdad y la Vida que han recibido.

Si, por el contrario, la Verdad y la Vida de Dios se separaran entre sí y, olvidando que son de Dios, se las redujera a unas verdades de ori-

14. Cfr. entre otros KASPER, W., *Introducción a la fe*, Sígueme, Salamanca 1982. Íd., "La Iglesia, lugar de la verdad", en *Teología e Iglesia*, Herder, Barcelona, pp. 351-375. Llano, A., "El valor de la verdad como perfección del hombre", en *Humanismo cívico*, Ariel, Barcelona 1999, pp. 195-207.



gen humano y cultural y a unos comportamientos particulares de un momento, ya no estaríamos hablando de la religión cristiana, sino de algo que se disuelve en ideología particularista, más peligrosa cuanto mayor sea su conciencia de absoluto y el poder del que disponga el “aprendiz de brujo” de turno. Esa Verdad y esa Vida en poder del hombre podrían convertirse en ideología de Mentira y Muerte. Quizá ése sea el terrible rostro de lo que le quedaría al hombre en un mundo verdaderamente abandonado al materialismo y la magia.

Lo que los analistas culturales, que temen oír hablar de la Verdad, deberían exigir al cristiano es precisamente que fuera cristiano, que no dejara de serlo nunca. Pero no pueden hacerlo porque sus análisis quedan desbordados por una realidad que no son capaces de percibir. Esta paradoja quizá sea insoluble, entre otras razones porque no es un problema matemático, sino que incluye un entramado muy complejo en cuyo centro está la vida personal de cada uno<sup>15</sup>. Pienso que recordar el orden interno que configura cada realidad, es una manera de aproximarse a la solución y que, en cualquier caso, reconocer la realidad de las cosas es prueba de nobleza intelectual.

15. KOLAKOWSKI, L., *Si Dios no existe... Sobre Dios, el diablo, el pecado y otras preocupaciones de la llamada filosofía de la religión*, Tecnos, Madrid 1988.